

Comunicaciones del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia
Contemporánea de la AHC

Mesa: Nacionalismo, etnicidad e identidades

ASPECTOS EN COMÚN EN LA IDEA DE NACIÓN
ESPAÑOLA DE ORTEGA Y JOSÉ ANTONIO PRIMO
DE RIVERA.

Ramiro Trullén Floria

Universidad de Zaragoza

La figura de José Ortega y Gasset (1883-1955) es posiblemente la más importante en el mundo intelectual y filosófico de la España Contemporánea, especialmente durante los años 20 de la pasada centuria. Una gran cantidad de rasgos de su pensamiento lo sitúan dentro de las corrientes más conservadoras de su tiempo¹. Por su parte, José Antonio Primo de Rivera nos ha legado poco más que sus discursos parlamentarios durante la II República, a menudo brillantes, y sus últimos escritos ya en la cárcel de Alicante. Su interés histórico reside fundamentalmente en su conversión en mito por parte del franquismo pero también en su condición de fundador de Falange Española y líder de los fascistas españoles durante los años de la II República.

En el presente trabajo, mi propósito es reflexionar sobre los aspectos comunes en la idea de nación dentro del pensamiento orteguiano y del de José Antonio Primo de Rivera. No es mi propósito señalar una influencia directa y evidente del filósofo madrileño sobre el político falangista en todos los aspectos de su pensamiento pues sin duda muchos de los elementos son comunes a otros intelectuales españoles y europeos del momento y en este sentido los préstamos pueden proceder de otras obras y autores. Se trata simplemente de comparar aspectos similares en los discursos nacionales de ambos, discursos que en principio parten de posiciones políticas irreconciliables: el liberalismo y el fascismo.

Ortega y Gasset, por conservador que pudiera ser su pensamiento, no puede ser considerado como bien nos advierte Ismael Saz ni siquiera un intelectual prefascista. En la que quizás es su obra más influyente, la serie de artículos que acabaron constituyendo "*La rebelión de las masas*", se posiciona abiertamente contra este movimiento e incluso dirige aceradas críticas a los supuestos logros de Mussolini desde su llegada al poder. Sobre todo, le irrita el

¹ Entre ellas, la concepción cíclica de la historia, la valoración de la fuerza como signo de vitalidad histórica, el elitismo aristocrático y la crítica a la modernidad. Un análisis exhaustivo del pensamiento orteguiano, su evolución y su relación con la izquierda y la derecha de su tiempo lo encontramos en GONZÁLEZ CUEVAS, P.C.: *Ortega y Gasset y las derechas españolas* en PEIRÓ MARTÍN, I. (ed): La(s) responsabilidad (es) del historiador, Alcores, 1 (2006) pp. 259-287

ansia totalitaria del estado fascista que le lleva a invadir todos los ámbitos de la sociedad y el hecho de que sea un movimiento que nace y se desarrolla por impulso exclusivo de la “masa”

Así pues, el carácter violento y primitivo de este tipo de movimientos a la par que su veneración del estado como ente que debe dominar la vida de la nación (es decir, la esclerotización de la dinámica social a la que lleva este tipo de concepción del aparato estatal) llevan a Ortega a criticar este tipo de respuestas a la crisis del momento. Por el contrario, propone en la mejor línea del liberalismo conservador (con influencias en su obra de pensadores como Gustave Le Bon²) una reforma de las instituciones parlamentarias para tratar de hacer frente a ese gran desafío que suponía para Europa lo que él denominó “*el imperio de la masa*”.

Pero quizás si nos ciñésemos a la visión de un Ortega y Gasset defensor a ultranza del parlamentarismo, sería poco comprensible su rápida evolución durante la guerra civil a posiciones de decidido apoyo del General Franco y crítica declarada al bando republicano. Como bien ha quedado demostrado³, el mito del silencio orteguiano desde 1936 no se sostiene, y su apoyo entre bambalinas al bando nacional es claro a tenor de su actividad en el extranjero y de las cartas privadas dónde exponía sin tapujos su visión de la guerra. Difícilmente, pues, podemos equiparar desde esta perspectiva a Ortega con, por ejemplo, Azaña en la defensa del parlamentarismo y los valores liberales en España.

² La influencia del pensador francés en Ortega se aprecia claramente en LE BON, G.: *Psicología de las masas*, Madrid, ediciones Morata, 1983.

³ La supuesta neutralidad de Ortega y Gasset durante la guerra civil queda desmontada en MORÁN, G.: *El maestro en el erial*, Barcelona, editorial Tusquets, 1998. En esta obra el autor demuestra con abundante documentación la actitud claramente favorable al bando franquista durante la guerra por parte del filósofo madrileño.

LA AMBIGÜEDAD DE ORTEGA

Ni fascista ni prefascista, pero inspirador y maestro de muchos de ellos. El propio Ramiro Ledesma, el representante más puro del fascismo español, reconocía su magisterio en 1930. Y Primo de Rivera, radical enemigo del liberalismo y del sistema parlamentario, afirmaba en 1936 refiriéndose a Ortega:

“antes de que se extinga su vida (...), llegará un día en que al paso triunfal de esta generación, de la que fue lejano maestro, tenga que exclamar complacido: "¡Esto sí es!"”⁴

Así pues, ¿Que elementos del pensamiento orteguiano sirvieron para fertilizar el campo teórico del fascismo español? Antes de pasar a definirlos, es necesario señalar la ambigüedad, o cuando menos la notable falta de precisión de Ortega y Gasset en algunos de sus postulados. El pensador madrileño reclama la necesidad de cambios, como por lo demás hacen todos los intelectuales del momento, pero se limita a señalar que se requiere una reforma de las instituciones parlamentarias⁵. Y en ese punto se frena su exposición.

Por su rechazo explícito del fascismo y el bolchevismo sin duda se sobreentiende que dichas reformas no tienen que exceder los límites del liberalismo, pero teniendo en cuenta las sombrías perspectivas de futuro inmediato ante las que coloca al lector por el predominio social de la masa, esta falta de detalle y de celo a la hora de explicar los cambios que se deberían operar resulta, como señala Saz, inquietante.⁶

Es precisamente esta indefinición, o esta falta de acento en la necesidad de fortalecer en un sentido democrático el sistema parlamentario y de muscular la sociedad civil, la que en mi opinión permite entender porque a finales de los años 30 planteará una curiosa teoría sobre

⁴ PRIMO DE RIVERA, J.A.: *Homenaje y reproche a Don José Antonio Ortega y Gasset* en *Haz*, núm 12, 5 de dic. de 1935.

⁵ ORTEGA Y GASSET, J. A.: *La rebelión de las masas*, Madrid, editorial Espasa Calpe, 1993, pág 191

⁶ Todas las referencias a Ismael Saz han sido extraídas de SAZ, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, editorial Marcial Pons, 2003

la defensa del liberalismo en su trabajo “En cuanto al pacifismo”⁷ : había que dejar paso al totalitarismo nazi y fascista para que, una vez se calmasen las pasiones y se templasen estos regímenes, se pudiese reintroducir el liberalismo, ya a salvo de la amenaza bolchevique.

Es este último un Ortega distinto, escarmentado de la frustrante experiencia de la II República y radicalizado por la guerra civil. Pero no, curiosamente, hacia el bando que defendía las legítimas instituciones democráticas y parlamentarias sino hacia el del general que se apoyaba precisamente en esa fuerza “primitiva y violenta”, como antaño la definió, que era el fascismo.

Difícilmente se puede entender este giro si no se detectan y analizan los componentes profundamente conservadores de su pensamiento, componentes que saldrán a flote en los momentos más delicados de la historia de España que él vivirá y que sirvieron para nutrir al pensamiento fascista español.

Es esta falta de energía a la hora de señalar inequívocamente a la democracia como la solución a los males de España lo que deja la vía abierta para que otros elementos de su discurso adquieran mayor relevancia. Ortega cree que precisamente el dominio de las masas es lo que provoca la disolución e invertebración de la sociedad española. Ello, unido a los separatismos, provoca ese estado de disgregación que denuncia con vehemencia como el mal fundamental de España. Pero ¿Qué solución adoptar?

Antes de pasar a analizar la salida orteguiana a la crisis, debe señalarse que su horizonte no es exclusivamente español, sino mucho más amplio pues pretende abarcar a toda Europa. Según su visión la crisis es similar en todos los países europeos a pesar de sus diferencias y los ciudadanos franceses, al igual que los alemanes y los españoles, sienten la necesidad de quebrar la vieja idea exclusivista y cerrada de nación para fundirse como ciudadanos en el seno de una nueva organización estatal a nivel europeo.

⁷ Las ideas más significativas de esta obra se encuentran resumidas y comentadas en MORÁN, G.: *El maestro en el erial*, Barcelona, editorial Tusquets, 1998.

Así pues, en mi opinión, poco se diferencia Ortega en este sentido de Renan cuando forjaba el concepto de “plebiscito cotidiano” (mirando de reojo a Alsacia y Lorena) o de Primo de Rivera cuando eliminaba la tierra y el factor sentimental y nativo de su idea de España (para atacar los cimientos de los nacionalismos sub-estatales); los tres, como por lo demás todos los que pretenden nacionalizar en un sentido u otro, eligen los elementos que mejor se adecuan a sus necesidades nacionalizadoras, concediendo o restando importancia a cada uno en función de unos intereses previos.

DEL “PROYECTO EN COMÚN” A LA “UNIDAD DE DESTINO”

Entramos aquí en un concepto clave que representará la piedra angular de todo el edificio teórico Orteguiano sobre el “problema” español. En la idea de nación de Ortega no resultan fundamentales ni la raza, ni la historia y ni siquiera la lengua. Todos estos factores son elementos arcaizantes, *principios estáticos*, que pueden jugar un papel importante de refuerzo de la idea de nación, pero que en el mejor de los casos complementan un núcleo al que no pertenecen. Sin él, sin esa espina dorsal, la idea de nación está destinada al fracaso. Y la ausencia de éxito en este terreno conlleva la disgregación, los particularismos, en suma, la *invertibración*.

Quedan pues fuera todos estos elementos que incluso pueden llegar a ser estorbos más que ayuda a la hora de grabar en las mentes de los ciudadanos el concepto esencial, el núcleo de la idea de nación, el elemento vertebrador por excelencia de cualquier sociedad: un proyecto sugestivo de vida en común.

Ortega no cree en los enfoques puramente esencialistas de la nación. Por el contrario, afirma que ésta se encuentra continuamente “haciéndose y deshaciéndose” y desde ese punto de vista, al no existir elementos inmutables que dirijan inexorablemente a las personas hacia una idea concreta de nación, la atracción sólo puede ser el fruto de la presentación de un proyecto estimulante, que sirva para unir y lo que es más importante, para *dinamizar a la sociedad* ante el peligro de aletargamiento que sobre ella se cierne desde finales del siglo XIX.⁸

⁸ La idea que Ortega tenía de la nación se encuentra explicada en detalle en ORTEGA Y GASSET, J. A.: *España Invertebrada*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 1999.

Pero al llegar aquí, de nuevo tenemos que retroceder al apartado anterior: la falta de concreción y detalle en sus ideas. Ortega esboza pero no remarca, dibuja contornos pero ignora el contenido, abre caminos pero no los recorre. Sobre qué presupuestos concretos debería elaborarse ese proyecto sugestivo, lo ignoramos. No subraya en “La rebelión de las masas” la necesidad de que esa entidad supranacional esté regida por principios democráticos sino que simplemente ve necesaria la unión para que Europa mantenga su liderazgo e irradie su civilización por todo el mundo.

En cualquier caso, apunta en “La España invertebrada” a una empresa exterior pues define los asuntos propios de la política interior como “de poco calado”. Ortega pues, no tiene otra ocurrencia más novedosa que dejar entrever la posibilidad de una acción exterior de prestigio que sirva para ilusionar y cohesionar la nación. Sugiriéndolo de manera indirecta, como dejándolo caer: “en tiempo de guerra, por ejemplo, cada ciudadano parece quebrar el recinto hermético de sus preocupaciones exclusivistas y agudiza su sensibilidad por el todo social”⁹

Y es precisamente en este aspecto en el que posiblemente de manera más clara vemos la coincidencia con el pensamiento de Primo de Rivera. El joven líder fascista, perfectamente consciente del fraccionado panorama lingüístico, geográfico, climático e incluso histórico al que se enfrenta a la hora de forjar su idea de nación, cree que España no puede ser lengua, clima o historia, porque en ese terreno chocaría contra los nacionalismos periféricos que cuentan con idénticos ingredientes. España es desde su punto de vista algo más que raza y sangre, paisajes y folclore, dialectos y costumbres. España es, por encima de todo, una Unidad de destino en lo Universal.

Todos los demás factores pueden reforzar esa idea, pero si se lima hasta el núcleo la esencia de España según la visión de Primo de Rivera lo que encontramos es la justificación de la unidad de España sobre la base del destino común que a todos sus pueblos une de forma teleológica. Así decía el joven político falangista en “El Fascio” en 1933:

⁹ Íb., pág.

“Todos los pueblos de España por diversos que sean, se sienten armonizados en una irrevocable unidad de destino. (...) . El separatismo ignora u olvida la realidad de España. Desconoce que España es, sobre todo, una gran unidad de destino (...). Habrá que repetirlo siempre: una nación no es una lengua, ni una raza ni un territorio. Es una Unidad de destino en lo universal”

El propio José Antonio reconoce con cierta candidez sus intenciones al señalar que “en el terreno afectivo, nada es tan fuerte como el nacionalismo local precisamente por ser el más primario y asequible a todas las sensibilidades”¹⁰ . Es pues cuestión de ganar la guerra a los nacionalismos periféricos eligiendo el campo de batalla dado que “como se acepte que la nación está determinada por lo espontáneo, los nacionalismos particularistas ganan una posición inexpugnable”¹¹

Ante esta desventaja, José Antonio propone un esfuerzo patriótico que permita ir más allá de lo cómodo y visible, de la tierra que se pisa y de los paisajes que se ven y trascender a otro plano. Es sencillo caer en el nacionalismo disgregador pues “el patriotismo de la tierra nativa se siente sin esfuerzo(...) y es bella empresa humana desenlazarse de él y superarlo en el patriotismo de la misión inteligente y dura” para, una vez superado el engañoso espejismo de lo local “hacer del patriotismo (...) una verdad tan incommovible como las verdades matemáticas”¹²

Cataluña, Galicia, el País Vasco sólo pueden ser nación remando en el barco que comanda Castilla para cumplir la misión común que como españoles tienen. Este argumento es repetido por Primo de Rivera en sus discursos una y otra vez referido por ejemplo al caso de Euskadi con motivo de las discusiones sobre la concesión o no a esta región de un estatuto de autonomía: “en la ruta de España se encuentran los vascos a sí mismos (...) al bautizar con nombres castellanos las tierras que alumbrá”. Todo lo que sea tratar de separarse del resto de

¹⁰ PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Textos de doctrina política* Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de F.E.T. y de las J.O.N.S. pág. 213

¹¹ *Ibidem*, pág 216.

¹² *Íd.* Pág 217

España conlleva una regresión en la evolución de este pueblo que sólo “superó su vida primitiva (...) de pesca (...) y caserío cuando fundió sus destinos al destino total de España”¹³

El ejemplo máximo de esta unidad de destino lo encuentra José Antonio en la conquista de América desde 1492, empresa imbuida de “catolicidad” y “universalidad”. A pesar de que mantiene las distancias con la Iglesia e incluso afirma que no se deben tolerar intromisiones en ámbitos estatales de la jerarquía eclesiástica, Primo de Rivera tiene claro que el catolicismo es un ingrediente clave en la españolidad pero sobre todo, en mi opinión, en tanto en cuanto es la religión común de todos los españoles y en consecuencia factor de unión y no de diferenciación.

Así, como señala Saz, José Antonio opera un proceso de “liberación de la tierra”¹⁴ en la concepción de la nación como medio para deslegitimar al romanticismo democrático que identificaba con el odiado Rousseau. Porque si se aceptaba una concepción romántica de la nación, no quedaba más remedio que concederle a Cataluña ese status. Y aquello, sencillamente, no podía ser pues “España es irrevocable” y “aunque todos los españoles estuvieran conformes en convertir a Cataluña en país extranjero, sería el hacerlo merecedor de la cólera celeste” puesto que “acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir”¹⁵

Nada que decidir. Nos encontramos, pues, ante un nacionalismo claramente esencialista, aún cuando no se basa en la raza ni en la lengua y violentamente anti-separatista. Pretender alzarse contra la unidad de España tiene tanto sentido como hacerlo contra Dios y en ambos casos la ira divina se abatiría sobre los osados rebeldes.

Pero esta visión esencialista de España que no requiere explicación ni admite crítica, no implica en modo alguno que se deban bajar los brazos y relajarse. Es necesario, por el contrario, pelear por preservar a España como depósito sagrado para las generaciones futuras. Y para ello, se necesita concretar esa unidad de destino, que Primo de Rivera resuelve de mane-

¹³ *Íd.*, pág 302

¹⁴ SAZ, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Editorial Marcial Pons, 2003.

¹⁵ *Íd.*, pág 145

ra directa señalando la vocación imperial de España, la necesidad de volver a la ruta agresiva en política exterior para superar el periodo de decadencia y que el mito de la Palingenesia, clave en el fascismo, se cumpla.

DISOLUCIÓN NACIONAL Y MOVIMIENTOS OBREROS.

Si bien Ortega no posee una visión tan explícitamente esencialista de la nación, en el análisis de las amenazas a la unidad y de las soluciones encontramos similitudes con el pensamiento joseantoniano. Ortega cree que España se encuentra en un proceso de disolución provocado por la compartimentación de las clases sociales, encerradas con ciego egoísmo y soberbia en ellas mismas e incapaces de comprender que forman parte de un todo y que, por lo tanto, es necesario articular relaciones fluidas para favorecer la buena marcha de toda la sociedad. En este sentido, los movimientos obreros representan un magnífico ejemplo de esa cerrazón y egoísmo que acecha a las clases sociales que pretenden imponer, cada una por su cuenta, su visión al resto de la sociedad.

Para Primo de Rivera, como por lo demás para el pensamiento fascista europeo en general, esta lucha de clases descompone el tejido nacional y supone una gran amenaza para la unidad del país. Además es sin duda la principal baza con la que juega el socialismo, ese movimiento disgregador y allí es donde debe librarse la gran batalla

“El socialismo es siempre un ejército de tres armas frente a un ejército de una sola. Sólo la Falange dice escuetamente: frente a esa política, otra política; frente a esa sociedad, otra sociedad; frente a esa revolución, otra revolución.”¹⁶

Este sentido exclusivista de clase es duramente criticado por el pensador y político fascista que señala que ello lleva a los obreros a que “todo lo que no sea proletario no les interese; no pueden, por consiguiente, sentirse solidarios de ningún valor nacional que exceda lo estrictamente proletario”¹⁷. Como Ortega, Primo considera que el carácter disgregador del

¹⁶ PRIMO DE RIVERA, J. A.: “La situación política” en diario Arriba, núm. 30, 30 de Enero de 1936

¹⁷ PRIMO DE RIVERA, J.A.: *Textos de doctrina política* Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de F.E.T. y de las J.O.N.S. pág. 307

socialismo nace de su visión estrecha y egoísta de la realidad social y política que extirpa de los obreros el sentimiento nacional convirtiéndolos en enemigos de la unidad de destino española.

Así pues, es necesario cicatrizar las heridas abiertas en el tejido social enfrentándose a la lucha de clases preconizada por la izquierda y sustituyéndola por el corporativismo, idea ya forjada por los círculos católicos a finales del XIX. Ortega y Gasset desarrolla esta idea en sus escritos y la convierte en la raíz del problema de disgregación que sufre España. Según su enfoque, los separatismos no son sino la expresión más vistosa de un problema que subyace en el egoísmo que domina a los españoles y que tiene un marcado carácter de clase. Sin duda, cualquier fascista hubiese suscrito estas palabras del filósofo madrileño:

“Habrà salud *nacional* en la medida en que cada una de las clases y gremios tenga viva conciencia de que ella es meramente un trozo inseparable, un miembro del cuerpo público”¹⁸

También José Antonio ve en la lucha de clases un elemento de inestabilidad nacional. En su opinión el socialismo “extirpa en los obreros casi todo lo espiritual” y sólo busca saciar a través de ellos una vieja deuda y acabar con la burguesía. De esta forma se aniquila en los proletarios “el amor a la Patria”. Por ello, concluye el autor en una línea claramente orteguiana que “ningún interés particular justo es ajeno al interés de la comunidad. Y, por consecuencia, no es lícito a nadie tirotear los fundamentos de la comunidad por estímulos de interés privado, por capricho intelectual o por soberbia”.¹⁹ O lo que es lo mismo, frente a los comportamientos “estancos”, por usar el término orteguiano, corporativismo social y recomposición de la armonía entre clases para lograr el bien de la nación.

¹⁸ ORTEGA Y GASSET, J. A.: *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa Calpe, 1993, pág 56.

¹⁹PRIMO DE RIVERA, J.A: *Textos de doctrina política* Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de F.E.T. y de las J.O.N.S. pág. 307

NECESIDAD DE FOMENTAR UN “DINAMISMO PATRIÓTICO”

Pero Ortega también advierte que “la convivencia nacional es una realidad *activa y dinámica*”²⁰. El dinamismo como medio de fortalecer e incluso sustentar el sentimiento nacional es una constante en la obra de Ortega y Gasset. Si no se mantiene en sana tensión, la sociedad corre el riesgo de atrofiarse, y es por ello necesario que el proyecto en común sea capaz de centrar la atención de todos y fomentar sensaciones estimulantes en la población que le hagan sacar lo mejor de si misma por el bien de su patria.

Evidentemente, en cualquier discurso fascista el vigor y la fuerza a la hora de defender los ideales patrióticos ocupa un lugar destacado y el caso de Primo de Rivera no es una excepción. Así, el político falangista admira de las izquierdas no sólo su mayor capacidad política sino que son más “impetuosas” frente a la derecha cedista y monárquica “que arrastra un caudal de cosas muertas que la privan de popularidad y brío”²¹. Frente a una opción dinámica pero antinacional y otra patriota pero esclerotizada Primo presenta su alternativa, la de una “juventud *enérgica* que se decide a intentar adueñarse del Poder para inaugurar (...) una política *nacional*”. Sólo esa juventud es capaz de suscitar frente a los separatismos un “movimiento *enérgico*, de aspiración al nacionalismo misional”²²

CONCLUSIONES

Sin duda, Primo y Ortega poseían dos pensamientos cuyos puntos de partida estaban francamente alejados. De la opción liberal a la rabiosamente anti-democrática hay desde luego mucha distancia. Pero ambos estaban inmersos en la cultura nacional española antes de que el franquismo convirtiese la visión de España en un bloque monolítico, inquebrantable como roca de la verdad. Sobre este punto de partida he creído comprobar, a través de las lecturas de sus obras más importantes, que su idea de nación era bastante similar en muchos aspectos. Ortega podía disimular su esencialismo pero en el fondo es evidente que concebía una posible secesión como un retroceso histórico y una muestra de particularismo suicida. Era

²⁰ ORTEGA Y GASSET, J. A.: *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa Calpe, 1993, pág 56.

²¹ PRIMO DE RIVERA, J.A: *Textos de doctrina política* Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de F.E.T. y de las J.O.N.S. pp. 318-319

²² PRIMO DE RIVERA, J.A: *Íbidem*. pág. 215

pues, claramente, un nacionalista español que no concibe un proyecto exitoso de vertebración que no pase por la unidad de todos los pueblos y regiones que componen España.

También existen pocas dudas respecto al papel clave que concede Ortega al voluntarismo y a los proyectos y misiones en común por encima de lenguas y razas. Este es, en mi opinión, el punto donde con más claridad se aprecian las similitudes con José Antonio que proponía nada menos que hacer un esfuerzo espiritual para superar el simple apego a lo local ampliando el ángulo de visión. Proyecto sugestivo de vida en común (apuntando a empresas exteriores) en el caso de Ortega o Unidad de destino en lo universal, lo cierto es que la necesidad de marchar juntos con un objetivo definido obsesiona a ambos personajes y, sobre todo en el caso de Primo, es una idea que repite hasta la saciedad en sus discursos como auténtico leitmotiv de su pensamiento nacional.

Y tampoco hay discrepancias a la hora de señalar en torno a quien deben agruparse los españoles para cumplir su destino. “Castilla sabe mandar” afirma Ortega, mientras Primo opina que, históricamente, sólo en torno a los castellanos han conseguido vascos y catalanes realizar su destino como nación. Así pues, unidad en torno a un proyecto, pero sin dudas sobre quien debe recaer el liderazgo, pues como reza la archiconocida frase de Ortega “Castilla hizo a España y Castilla la deshizo” con lo que sólo ella podía volver a forjar una nación española fuerte, pues solamente Castilla fue capaz de elevar la vista, superar los localismos e integrar a los reinos peninsulares en una tarea colectiva.

Las amenazas a la buena salud de la nación son también idénticas. Los particularismos, sean nacionales o de clase, actúan según ambos pensadores como corrosivos de la unidad social y nacional lo que viene a ser lo mismo dentro de este tipo de discurso. Si los obreros se dejan llevar por particularismos de clase atentan contra el correcto funcionamiento del entramado social puesto que pretenden imponer su estrecha visión del mundo al resto de clases y así resulta imposible forjar un proyecto nacional que integre a todos. Ni que decir tiene que los movimientos regionalistas son otra expresión de este tipo de ciego egoísmo que atentan contra la unidad y vitalidad de la nación española. Por mucho que Ortega piense que los nacionalismos vasco y catalán pueden resultar beneficiosos, lo cierto es que su aportación sólo es positiva en tanto que revulsivos de la adormecida conciencia nacional española.

La solución a estos retos en ambos discursos pasa pues por una actitud *dinámica e integradora*, que bajo la guía de Castilla permita a los españoles unirse en torno a un objetivo común, superando enfoques regionales y clasistas. Estos factores son los que he considerado en el trabajo como comunes en Ortega y Primo de Rivera a la hora de enfocar la que sin duda es la obsesión de los intelectuales españoles del primer tercio del siglo XX: la decadencia de España y la necesidad de regeneración del país.